
DAVID RIEFF

EL OPROBIO DEL HAMBRE
ALIMENTOS, JUSTICIA Y DINERO
EN EL SIGLO XXI

Traducción de Aurelio Major y Lucas Aznar

TAURUS

PENSAMIENTO

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council*



Título original: *The Reproach of Hunger*
Primera edición: enero de 2016

© 2015, David Rieff
All rights reserved

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Aurelio Major y Lucas Aznar, por la traducción
© 2016, Adly Elewa, por la cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-306-1757-9
Depósito legal: B-25775-2015

Compuesto en Arca Edinet, S. L.
Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

TA 1 7 5 7 9

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Este libro es para Judith Thurman

Pero no vemos ni oímos a los que sufren, y lo terrible de la vida pasa en algún lugar, entre bambalinas. Todo está en silencio, tranquilo, y solo protesta la muda estadística: tantos se volvieron locos, tantos baldes bebidos, tantos niños murieron de inanición... Y este orden, evidentemente, es necesario; evidentemente, el feliz se siente bien, solo porque los infelices llevan su carga callados, y sin ese callar, la felicidad sería imposible. Es una hipnosis general. Es necesario que en la puerta de cada hombre satisfecho, feliz, esté parado alguien con un martillo, y le recuerde con un martillazo de modo constante, que hay hombres infelices, que, por muy feliz que él sea, la vida tarde o temprano le enseñará sus garras, llegará la desgracia, la enfermedad, la pobreza, la pérdida, y nadie lo verá ni lo oirá a él, como él no ve ni oye ahora a los otros.

ANTON CHÉJOV, «Las grosellas»

Las naciones pobres están hambrientas y las naciones ricas son orgullosas, y el orgullo y el hambre estarán en discordia siempre.

JONATHAN SWIFT, *Los viajes de Gulliver*

A nuestros pies se extiende una gran riqueza; no obstante, su generosa distribución languidece a la vista de cómo se administra. Primordialmente, esto se debe a que quienes gestionan el intercambio de los bienes de la humanidad han fracasado a causa de su obstinación e incompetencia, han admitido dicho fracaso y renunciaron.

Las prácticas de los cambistas poco escrupulosos comparacen en el banquillo de los acusados ante el tribunal de la opinión pública, repudiados por los corazones y por las mentes de los hombres...

Los cambistas han abandonado sus tronos en el templo de nuestra civilización. Ahora debemos devolver a ese templo sus antiguos valores. La magnitud de la recuperación depende de la medida en que apliquemos valores sociales más nobles que el mero beneficio económico.

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT, «Discurso de investidura», 1933

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
1. ¿POR FIN UN MUNDO MEJOR A NUESTRO ALCANCE?	31
2. EL PRECIO DEL OPTIMISMO	49
3. MALTHUS SOLO HA DE ESTAR EQUIVOCADO UNA VEZ	65
4. LA CRISIS ALIMENTARIA DE 2007 y 2008: ¿UN PUNTO DE INFLEXIÓN?	83
5. EL SISTEMA ALIMENTARIO MUNDIAL Y SUS CRÍTICOS	99
6. PROMESAS A LOS POBRES	117
7. CASANDRA Y EL DOCTOR PANGLOSS	135
8. ¿BASTA REFORMAR EL SISTEMA?	153
9. RAZONES PARA EL OPTIMISMO	169
10. ¿LA CIENCIA AL RESCATE?	185
11. ENAMORADOS DEL SECTOR PRIVADO	207
12. FILANTROCAPITALISMO: UNA HISTORIA DE AMOR (PROPIO) ..	233
13. ¿EL FIN DEL HAMBRE?	253
14. «FERTILIZAR LOS CAMPOS CON DINERO»	273
15. EL OPTIMISMO COMO UNA VICTORIA MORAL, EL PESIMISMO COMO UNA AFRENTA MORAL	293
16. HACER TODO LO POSIBLE PARA PONER FIN AL HAMBRE SALVO PENSAR POLÍTICAMENTE.	315
<i>Conclusión</i>	335
<i>Agradecimientos</i>	355
<i>Notas</i>	357
<i>Índice analítico</i>	405

INTRODUCCIÓN

Se suponía que no se presentaría semejante crisis. Si en el año 2000 se hubiera preguntado a la mayoría de los reconocidos expertos en desarrollo que identificaran aquellos factores que en su opinión más harían peligrar sus esfuerzos por reducir considerablemente la pobreza mundial en el nuevo milenio, es muy poco probable que hubieran mencionado el repunte radical y repentino del precio de los principales productos agrícolas, así como el de los alimentos básicos elaborados con ellos, de los cuales dependían, literalmente, los pobres del mundo para sobrevivir. Lo que parece evidente en retrospectiva —que había llegado abruptamente a su fin el prolongado periodo en que los precios de los alimentos disminuían progresivamente— no era en absoluto evidente en aquel entonces. Como reconoció Rajiv Shah, en esa época director de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) con el presidente Barack Obama: «A finales de los años noventa la seguridad alimentaria mundial casi había dejado de ser prioritaria en los asuntos internacionales». Las razones fueron en parte empíricas (aunque evidentemente, en retrospectiva no lo suficiente) y en parte ideológicas, incluso en una supuesta era postideológica. La parte empírica se basa en lo que parecía una disminución secular y no transitoria del precio de los alimentos básicos, los cuales, en 2000, estaban en su mínimo histórico. La parte ideológica radicaba en la presunción de que, en palabras de Shah, «el éxito de la revolución verde [en la agricultura] había permitido a cientos de millones de personas en América Latina y Asia evitar una vida de hambre y pobreza extremas. Los gobiernos —desarrollados y en desarrollo

por igual— dieron por hecho que ese éxito se extendería y recortaron sus inversiones en agricultura, lo que les permitió a su vez centrar su atención en otras prioridades»¹.

Se equivocaron palmariamente. A finales de 2006 los precios del trigo, el arroz, el maíz y la soja —los cuatro alimentos básicos de los que principalmente dependen casi tres mil millones de personas que viven con menos de dos dólares al día, no solo como otro elemento entre varios de su dieta (como es el caso en el mundo rico), sino los comestibles de los que dependen casi exclusivamente para evitar pasar hambre— comenzaron a incrementarse vertiginosamente en los mercados mundiales. Cuando alcanzaron el máximo a principios de 2008, el precio del maíz se había incrementado un 31 por ciento, el del arroz un 74 por ciento, el de la soja un 87 por ciento y el de trigo un 130 por ciento, comparados con los de comienzos de 2007, el inicio de lo que terminó por llamarse crisis alimentaria mundial². Los brutales efectos derivados de los precios de los alimentos ofrecidos en el mercado a la gente común fueron casi inmediatos en muchas partes del mundo. En Egipto, por ejemplo, el precio del pan se duplicó en solo unos meses. En Haití, el precio del arroz aumentó un 50 por ciento, mientras que en Sudáfrica el incremento de la harina de maíz fue de un 28 por ciento. Según algunas estimaciones, tomadas en conjunto, el gasto en comida para los pobres del mundo aumentó un 40 por ciento, mientras que lo que pronto llegó a denominarse crisis alimentaria global incrementó un 25 por ciento los costes de importación de alimentos de muchos países pobres. Y en treinta de los países más afectados del mundo, de Etiopía a Uzbekistán, estallaron las revueltas por alimentos.

Se exageró posteriormente la trascendencia de aquellas revueltas. Como sabe todo alumno universitario de primer año de Estadística, la correlación no implica causalidad. Fueron episodios espasmódicos de disturbios civiles, no insurrecciones, menos aún revoluciones. Y dadas las nefastas y duraderas condiciones sociales y políticas de los pobres en esos países, argumentar que la crisis alimentaria fue la principal causa subyacente de los conflictos se parece demasiado a una argucia. Pero es indudable que el alza de los precios enardeció a los pobres en muchos países de diferentes regiones del mundo hasta el punto de que, aunque fuera brevemente, pareció ser una auténtica y al menos potencialmente incontrolable amenaza al statu quo.

Y para los más pobres de los pobres del mundo, el llamado club de la miseria de la población mundial que trata de sobrevivir con menos de un dólar al día, en esa amenaza le iba literalmente la existencia. Para otros miles de millones, toda esperanza de «seguridad alimentaria», la frase técnica en el ámbito del desarrollo que significa que es posible obtener comida suficiente —así como la apropiada— durante un año, parecía disiparse ante sus ojos. Y no solo a los que se habían unido a las revueltas por alimentos, sino también a la inmensamente mayor cantidad de personas que en silencio desesperado se preocuparon por su supervivencia y el nulo horizonte de un porvenir mejor para sus hijos. Por decirlo de otro modo, la crisis alimentaria supuso para los pobres la verdadera posibilidad de pasar hambre, no porque los alimentos fueran insuficientes, sino porque ya no podían permitirse comprarlos. La ira que esta crisis produjo ha dejado demostrado ser, a lo largo de los siglos, la variante más peligrosa de la ira: la del vientre.

En el mundo rico muchos razonaron que puesto que los peores efectos de la crisis se estaban produciendo en regiones donde se habían producido enormes aumentos de población, la mera demografía había estado en la raíz de lo ocurrido. Pero se trató de un malentendido fundamental, pues aunque parezca contradecir la intuición, era erróneo. De hecho, lo sucedido no fue que hubiera estallado por fin la «bomba demográfica», por emplear la frase acuñada por el biólogo y demógrafo neomalthusiano estadounidense Paul Ehrlich, lo que inexorablemente acarreó la hambruna. Pues a pesar de la relación fluctuante entre el consumo de alimentos y su producción, cuando la crisis comenzó a extenderse en 2007 (sin cesar, a fecha de este escrito en 2015) la producción alimentaria era más que suficiente para dar de comer a todos y cada uno. En los dos decenios anteriores a la crisis de 2007, la población mundial aumentó a razón de un 1,5 por ciento al año, y la producción alimentaria creció un 2 por ciento en el mismo periodo. Si a este respecto hubo confusión entre el público en general, esta fue considerable. La mayoría de los informes sobre el hambre en los medios de comunicación, al menos aquellos a los que está expuesto el público en general en el mundo rico, se concentran en las hambrunas del Cuerno de África o, en las crónicas más complejas, en el hambre de la India rural. Es comprensible que semejante enfoque dé la falsa impresión de que la escasez de alimentos es importante, pero en

realidad el problema es la asequibilidad de los alimentos, no su disponibilidad.

Pero precisar, por importante que esto sea, lo que no fue la crisis alimentaria poco contribuye a explicar cómo y por qué el sistema mundial alimentario pudo casi paralizarse hasta ese extremo en 2007 y 2008. Tampoco arroja mucha luz sobre cómo incluso la mayoría de los expertos agrarios y las agencias de desarrollo gubernamentales y no gubernamentales de todo el mundo se vieron sorprendidos de tal modo. En otras palabras, si bien los efectos de la crisis mundial alimentaria eran evidentes, era mucho más difícil establecer sus causas. Esto se debía en parte a que, en todo caso, se podían presentar de manera creíble demasiadas causas como contribuyentes al desastre, y entender cuáles habían desempeñado funciones importantes y cuáles funciones secundarias se reveló extraordinariamente arduo.

Un indudable factor clave de la crisis fue el aumento del precio del petróleo que, a partir de finales de 2006, tuvo un efecto secundario en el precio de los fertilizantes que precisa la agricultura industrial. Este tipo de agricultura se ha vuelto la norma no solo en el mundo rico, sino también en buena parte del mundo pobre, en ulterior detrimento de las masas de agricultores minifundistas. En 2006 el clima adverso fue otro factor, al parecer episódico más que sistémico, en muchas partes del mundo, desde la sequía en Australia (el segundo mayor productor mundial de trigo) al ciclón Nargis, que había asolado Myanmar en la primavera de 2008 y devastó la producción de arroz del país³. En el mundo rico, la práctica de desviar a la producción de biocombustibles el grano destinado a la ganadería (en la actualidad el 40 por ciento del maíz estadounidense se reserva a la producción de etanol) sin duda desempeñó un papel, al igual que el apoderamiento, en la práctica, de los mercados de materias primas mundiales por parte de especuladores cuya entrada incrementó radicalmente su volatilidad, lo que a su vez provocó bruscos cambios de precios en el coste de los alimentos básicos. En suma, la crisis alimentaria mundial de 2007 y 2008, vista como un hecho diferenciado, fue, como repite el lugar común, una tormenta perfecta.

Pero si las tormentas al cabo se disipan, en la estela de la crisis en 2008, incluso después de que los precios de los productos básicos agrícolas hubieran disminuido drásticamente, pronto quedó claro

que, lejos de haber sido un hecho anómalo, los incrementos de precios fueron una manifestación más extrema, pero todavía emblemática de lo que, para utilizar la imagen del administrador de fondos Bill Gross sobre la caída de los mercados financieros posterior a 2007, constituía con toda probabilidad, a largo plazo, la «nueva normalidad» de los aumentos seculares de precios de productos agrícolas básicos. Lo cual suplantó la «vieja normalidad» del último cuarto del siglo xx, la de un proceso que comienza con la implantación de la estabilidad de precios y su posterior disminución. Y si bien Gross estaba extrapolando a partir de un periodo muy breve, el alto funcionario del Banco Mundial, Otoviano Canuto, reflejaba un amplio consenso cuando advirtió que esta «nueva norma de altos precios parece consolidarse [en la segunda década del siglo xxi]»⁴.

El hambre y la pobreza son inseparables, y a pesar de los muchos avances auténticos en la reducción de la pobreza en muchas partes del sur global, es muy poco probable que sean sostenibles si el incremento en el precio de los alimentos básicos supera apreciablemente el aumento de ingresos de los pobres como resultado de sensatas políticas de desarrollo. Por eso, si se presupone que la conclusión ampliamente aceptada de Canuto es cierta, no es exagerado afirmar que todo el sistema alimentario mundial está gravemente enfermo, y que la cuestión central es cómo reformarlo si, de hecho, no es ya demasiado tarde para ello.

Aunque si bien el desacuerdo es amplio sobre lo que es preciso hacer, sorprendentemente el acuerdo es amplio en que la mayoría de los supuestos (si no todos) que subyacían al sistema en las postrimerías del siglo xx habían sido incorrectos desde el principio o simplemente ya no tenían aplicación en la primera década del nuevo siglo, sobre todo el de que los precios de los alimentos probablemente continuarían disminuyendo. En pocas palabras, se han acumulado hasta tal punto las pruebas de la nueva tendencia secular de un incremento de los precios de los alimentos que esta parece ya casi irrefutable⁵.

La trayectoria es clara. Después de haber caído en 2008, los precios de los alimentos subieron de nuevo, casi tan bruscamente, en 2010 y 2011, luego volvieron a caer y se incrementaron una vez más hacia finales de 2012 y en 2013, al extremo de que los precios del maíz en el mercado mundial eran más altos que los imperantes en la crisis de 2007 y 2008. Estos aumentos posteriores en el coste de

los cereales y el reconocimiento entre los especialistas en desarrollo de que los precios de los alimentos básicos no han disminuido casi nada desde el año 2007 no han recibido la misma atención en los medios de comunicación mundiales. Eso no los vuelve menos ominosos. En México, por ejemplo, el precio de la tortilla, el comestible básico en la dieta de la mayoría de la gente pobre, fue un 69 por ciento más alto en 2011 de lo que había sido en 2006. En Indonesia, el precio medio nacional de arroz alcanzó su punto más alto en febrero de 2012. Y es preciso no olvidar que tanto México como Indonesia son lo que el Banco Mundial llama países de «renta media». En las naciones mucho más pobres, como Guatemala, Haití, Níger, Yemen o Afganistán, los efectos de esta «nueva normalidad» de altos precios ha sido aún más perjudicial para la vida de los pobres y el horizonte de vida de sus hijos.

Esa es la mala noticia, y es, de hecho, una muy mala noticia. Pero incluso el más recalcitrante pesimista tendría que reconocer que de ninguna manera eso es todo lo sucedido. Como el economista del desarrollo británico Charles Kenny ha sostenido, no hay razón para creer que la miseria global es un problema tan difícil de resolver que no pueda ser aliviado. Incluso si no se está de acuerdo con el optimismo de Kenny y sus colegas afines, para los cuales la situación mejora y, salvo catástrofe ambiental, seguirá mejorando de modos casi inimaginables hace medio siglo, tienen razón al insistir en que ha habido un considerable cúmulo de buenas noticias, sobre todo en lo que atañe a los avances alcanzados en los últimos tres decenios. «El mayor éxito en el desarrollo —ha escrito Kenny— no ha sido el enriquecimiento de la gente, sino, más bien, que lo realmente importante, como la salud y la educación, son más baratas y están más ampliamente disponibles»⁶.

En general, el porcentaje de los pobres en la población mundial ha disminuido de manera constante, aunque en algunos de estos países, sobre todo en India, el conjunto de los no beneficiados con estos cambios es mucho mayor que el de los que sí se han beneficiado con ellos. Actualmente hay cientos de millones de personas, en países con sistemas políticos, estado de sus economías e idearios contra el hambre crónica tan diversos como Brasil, China, México, Vietnam e India, que están comiendo más y, por lo general aunque no siempre, mejor (como demuestra el rápido incremento de las tasas de obesidad en el mundo en desarrollo) que nunca antes las ge-

neraciones precedentes. Si lo anterior ha sido resultado de la ayuda al desarrollo o el crecimiento económico y la prosperidad creada en gran parte de Asia y partes de América Latina en los treinta años recientes, es aún un tema de enconadas controversias. El alcance de esta transformación, no solo su realidad, es lo que no se puede negar; es incomparable en la historia humana en cuanto a sus efectos sobre tantas personas durante un periodo relativamente breve. En contraste, la prosperidad general creada al cabo por la Revolución Industrial en Europa tardó mucho más tiempo y afectó a muchas menos personas.

Si se es optimista, es posible afirmar que la crisis de 2007 y 2008 nos enseñó al menos a formular las preguntas pertinentes sobre el hambre. Aunque si los países —ricos, en desarrollo o pobres— serán capaces de ofrecer respuestas pertinentes es asunto bien distinto. Los optimistas —y dado mi propio pesimismo sobre estas cuestiones, es importante dejar claro que se trata de muchas de las personas más brillantes que actualmente trabajan en el Gobierno, la filantropía, el ámbito de las oenegés y la ciencia— están convencidos de que ya es posible, acaso por primera vez en la historia de la humanidad, reformar el sistema alimentario mundial y lograr que el desarrollo agrícola mundial sostenido sea una realidad perdurable. En efecto, muchos de estos hombres y mujeres se han sentido cada vez más atraídos por plazos que postulan «acabar con el hambre» en una fecha determinada en los próximos decenios. Esta convicción está sustentada en el hecho innegable de que la «comunidad internacional» (un infortunado «tic» intelectual del ámbito de la ayuda y del desarrollo es su dependencia de los piadosos lugares comunes y poco analizados sobre la gobernanza mundial) presta atención una vez más a la agricultura. Las inversiones se producen y, acaso lo más importante, el énfasis recae ahora en los agricultores minifundistas y en sus familias en lugar de en la agricultura industrial; en los que integran la gran mayoría de las personas que trabajan la tierra en el mundo pobre. Como exdirector de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, Rajiv Shah ha sostenido que «el mundo está una vez más cumpliendo un compromiso global de afianzar la seguridad alimentaria»⁷.

¿Se justifican esas esperanzas? En algunos casos, por ejemplo, si perdurarán o resultarán quiméricos los fundamentos agrícolas en los que se sustenta esta nueva prosperidad en Asia y América Latina,

la respuesta es incognoscible y sería absurdo suponer lo opuesto. Por el contrario, es evidente que, salvo que acontezca una catástrofe global vaticinada por algunos de los integrantes más militantes del movimiento verde, la cual conduciría a una miseria mundial que incluso referirse a mercados supone un escenario demasiado favorable, probablemente no cambien las causas subyacentes del aumento secular de los precios de los alimentos básicos. La población mundial aumenta sin cesar, mientras que a potencias como China y Brasil les ha sido cada vez más difícil mantener las tasas de crecimiento sobre las que estribaba su irrupción inicial en la prosperidad. Parece improbable que tales dificultades disminuyan en algún momento del futuro previsible. Mientras tanto, los fenómenos meteorológicos extremos, estén o no relacionados con el cambio climático, parecen aumentar más que estabilizarse, lo que incrementa más la presión sobre el sistema alimentario mundial. Y persisten pocas dudas sobre la función que cumple el cambio climático en la exacerbación de la desertización en importantes regiones del mundo.

Esta es la situación sobre el terreno en buena parte del sur global. Al mismo tiempo, la estructura de los mercados mundiales de productos básicos en el norte global aún recompensa en lugar de desalentar la especulación en los precios futuros de los alimentos básicos, con lo que prácticamente garantiza la continua volatilidad de los precios. Y cada año, a pesar de las preguntas que cada vez más se plantean sobre su sensatez, un porcentaje considerable de la cosecha de maíz en el mundo aún se destina al etanol utilizado en la gasolina en lugar de verse transformado en comestibles o empleado como pienso para el ganado. Por ahora es innegable la ineficiencia y, desde el punto de vista global, incluso el peligro para el suministro mundial de alimentos de todo lo anterior. En promedio se requieren unos cinco kilogramos de pienso de maíz para producir medio kilo de carne de res. El escritor Michael Pollan resumió bien la situación cuando escribió que «habría grano suficiente para todos si realmente lo comiéramos como alimento y no lo usáramos para hacer carne»⁸. Al mismo tiempo, gran parte del maíz mundial aún se desvía a la elaboración de combustibles compuestos con etanol. Y si bien esta política ha sido objeto de crecientes ataques en el decenio anterior, al menos hasta el momento los grupos de presión del etanol en Europa y América han tenido éxito en mantener este statu quo en extremo derrochador.

Dadas estas realidades, no es sorprendente que el consumo de alimentos en todo el mundo haya superado la producción alimentaria seis de los once años transcurridos entre 2001 y 2012. Los críticos del vigente sistema alimentario mundial como Pollan han indicado que las tensiones impuestas al sistema no solo por el etanol sino por la creciente demanda de carne en los países que han visto los mayores aumentos en su población de clase media, sobre todo China e India, son las causantes. Insisto, como con las teorías de que la crisis alimentaria de 2007 y 2008 «causó» las revueltas, la correlación no es causalidad, y muchos expertos en alimentación señalan datos que implican que tales teorías son aún descabelladas. Por ejemplo, Timothy Wise, director de Políticas del Instituto de Desarrollo Global y Medio Ambiente de la Universidad de Tufts, ha negado rotundamente que el aumento de la demanda de carne en India y China haya sido «el principal motor» de la crisis alimentaria⁹, aunque a largo plazo es difícil apreciar cómo un aumento enorme de gente que come carne todos los días no pondría a prueba el suministro mundial de cereales más allá de su capacidad de adaptación, y que además suponga que los incrementos de producción de estos alimentos básicos predichos por los optimistas demuestren su sostenibilidad.

No debería sorprender que, así como no ha habido una sola causa de lo sucedido desde 2007, tampoco hay una solución única. E insisto, al menos por ahora el mundo aún produce suficientes gramíneas, de suerte que, solo en cuanto a oferta, todos en el planeta *podrían* disponer de comida suficiente. Pero aun si se supone lo anterior, las sequías y otros fenómenos meteorológicos extremos al parecer cada vez más comunes, y la transformación del maíz en etanol, el margen de error de un año a otro es cada vez menor. En 2002 la mayoría de los países disponían aproximadamente de 107 días de reservas alimentarias. Actualmente es de 74 días. Como Abdolreza Abbassian, de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), ha advertido, lo anterior no deja «margen para acontecimientos inesperados»¹⁰. Y sin embargo, si persisten las sequías y las inundaciones que al parecer son cada vez más la norma en muchas partes del mundo, es difícil imaginar cómo estos acontecimientos extremos *no* ocurrirán más o menos regularmente.

Este aumento de la inseguridad en el suministro que ha acompañado al incremento del precio de los alimentos básicos es un pro-

blema global. Pero como con casi todos los otros importantes desafíos mundiales¹¹, lo que es ya un problema incluso para la mayoría de las personas en el mundo rico es una catástrofe en ciernes para los más pobres de entre nosotros, los tres mil millones que viven con menos de dos dólares al día. Dicho de modo sucinto, si el precio de los alimentos básicos en el mercado mundial sigue aumentando, la capacidad de los pobres para pagar los alimentos que necesitan para alimentarse adecuadamente será cada vez más exigua. E incluso si los precios se estabilizaran en los elevados niveles actuales, las posibilidades de replicar los exitosos resultados anteriores que saquen a más gente de la pobreza disminuirán considerablemente. Pues esperar que las personas insuficientemente alimentadas en la infancia prosperen como adultos, sin reparar en el sistema económico en el que viven, es el más puro pensamiento mágico sobre un sistema alimentario mundial que ya sufre una crisis de constante empeoramiento en el acceso, una crisis sin señales de remisión. Y los resultados son del todo previsibles: garantizarán que la brecha entre ricos y pobres del mundo en cuanto al acceso a las necesidades humanas más fundamentales —alimento y agua potable, de las que se deriva todo lo demás— sea cada vez más amplia, y que este mundo injusto lo sea aún más todavía.

Sin embargo, aunque la exacerbación de la injusticia sea terrible, no es ni con mucho lo peor que debemos temer. Si no se producen cambios significativos en el sistema alimentario mundial, una crisis mundial del suministro alimentario absoluto podría ocurrir en algún momento entre 2030 y 2050 cuando, según las estimaciones más prudentes, la población mundial habrá aumentado de siete mil millones en 2012 a nueve o quizás incluso diez mil millones. Cicerón escribió en algún lugar que no entendía por qué cuando dos adivinos se reunían no se echaban a reír y, teniendo en mente su sensata admonición, es importante ser precavido. En realidad los datos no son tan claros como se presentan generalmente, tanto por parte de los optimistas como de los pesimistas. El historiador económico irlandés Cormac Ó Gráda, cuya obra sobre la historia de la hambruna ha sido de enorme importancia en este ámbito, ha escrito que «las actuales previsiones de la futura producción alimentaria no son fiables y sí contradictorias»¹². Lo antedicho es cierto incluso en lo que atañe al cambio climático, donde aún persiste un amplio desacuerdo entre los expertos sobre la eficacia con la cual los agri-

cultores serán capaces de responder a las alteradas condiciones con las que ya se enfrentan algunos de ellos y a las que pronto se enfrentarán muchos más; uno de los pocos hechos que, a pesar de los negacionistas estadounidenses del cambio climático, puede predecirse con confianza.

Si esta crisis de suministro absoluto en efecto se produce en las próximas décadas, sea resultado solo del incremento de la población o de este en sinergia maligna con el probable aumento de las temperaturas y los niveles del mar globales a consecuencia del cambio climático antropogénico (del cual el incremento poblacional es por sí mismo un factor importante), el efecto sobre los pobres será incalculablemente más devastador en todos los aspectos, desde la salud pública hasta la migración masiva. Para citar solo un ejemplo evidente, ya es un lugar común sicosocial y político que muchas personas en el mundo rico se sientan cada vez más engullidas por la migración masiva desde el sur global. Pero no hace falta ser un adivino para tener una idea muy clara de lo que sentirán cuando se enfrenten a los predecibles desplazamientos de la gente de aquellas regiones del mundo donde la sequía se convierta en norma y donde ya no se puedan producir alimentos en cantidad suficiente.

Los flujos migratorios actuales no tienen precedentes, y su impulso ha ido en aumento a partir del derrocamiento por parte de la OTAN del régimen libio de Gadafi, el cual había impedido la salida de inmigrantes. Hoy día es común que a la vez toquen tierra flotas de, literalmente, miles de migrantes del África subsahariana y de Siria en la isla italiana de Lampedusa o a lo largo de la costa de Sicilia. Es poco probable que este flujo disminuya en ningún plazo realista. Más de doscientos mil emprendieron la travesía en 2014 (la cifra anterior había sido de setenta mil en 2011, en el apogeo de la guerra civil en Libia), y la opinión de consenso es que seguirá aumentando en el futuro previsible. Lo mínimo, como un curtido funcionario de Günther Bauer, la oenegé alemana de ayuda a los refugiados, manifestó a un periodista de *Der Spiegel*, es que «la presión de África seguirá siendo constante»¹³. Pero incluso esta marea parece, en comparación, un goteo si las personas huyen a Europa porque, literalmente, carecen de alimento suficiente —lo cual en la inmensa mayoría de los llamados países emisores no es actualmente el caso—, y no solo porque simplemente desean garantizar un futuro mejor para sí y para apoyar a sus familias extensas en sus países de origen